

**ENTRE CURIOSIDADES DEL PROGRESO NACIONAL
Y OBJETOS ETNOGRÁFICOS, PRÁCTICAS
DE COLECCIÓN EN EL MUSEO NACIONAL DE
COLOMBIA A INICIOS DEL SIGLO XX**

AURA LISETTE REYES GAVILÁN*
Freie Universität Berlin, Alemania

*aura.l.reyes@gmail.com

Artículo de investigación recibido: 3 de febrero de 2017; aprobado: 8 de agosto de 2017.

RESUMEN

Este artículo analiza la conformación de la colección etnográfica del Museo Nacional de Colombia, a finales del siglo XIX e inicios del XX. Estudia dos momentos, el primero hace referencia a los procesos de colección relacionados con las comisiones y exploraciones de búsqueda de recursos naturales y construcción de vías de comunicación, y el segundo a las comisiones científicas con intención etnográfica. Estos momentos no se establecen como una periodización, sino que refieren prácticas de colección que devienen en la adscripción de diferentes valores museales para los objetos etnográficos.

Palabras clave: colección etnográfica, comisiones científicas y etnográficas, exploraciones, historia de la antropología, musealización, Museo Nacional de Colombia.

FROM CURIOSITIES RELATED TO NATIONAL PROGRESS TO ETHNOGRAPHIC OBJECTS: COLLECTION PRACTICES AT THE MUSEO NACIONAL DE COLOMBIA IN THE EARLY 20TH CENTURY

ABSTRACT

This article analyzes the formation of the Museo Nacional de Colombia's ethnographic collection during the late 19th and early 20th centuries. It addresses two moments: collection processes related to commissions directed to natural resources exploration and road construction, and those springing from scientific and ethnographic purposes. Rather than establishing a periodization, these two moments serve as referents of different collection practices that resulted in the attribution of dissimilar museum values to ethnographic objects.

Keywords: ethnographic collection, exploration trips, scientific and ethnographic exploration, history of anthropology, museologization, Museo Nacional de Colombia (National Museum of Colombia).

ENTRE CURIOSIDADES DO PROGRESSO NACIONAL E OBJETOS ETNOGRÁFICOS, PRÁTICAS DE COLEÇÃO NO MUSEU NACIONAL DA COLÔMBIA, NO INÍCIO DO SÉCULO XX

RESUMO

Este artigo analisa a conformação da coleção etnográfica do Museu Nacional da Colômbia, no final do século XIX e início do XX. Estuda dois momentos, o primeiro faz referência aos processos de coleção relacionados com as comissões e as explorações de busca de recursos naturais e construção de vias de comunicação; o segundo, às comissões científicas com intenção etnográfica. Esses momentos não são estabelecidos como uma periodização, mas sim referem práticas de coleção que devêm na vinculação de diferentes valores de museus para os objetos etnográficos.

Palavras-chave: coleção etnográfica, história da antropologia, musealização, Museu Nacional da Colômbia.

Los ejercicios colectores relacionados con la adquisición de materiales destinados a los espacios museales están relacionados con los contextos sociohistóricos en los que se insertan. De modo que la forma como se llevan a cabo, los actores que participan en ellos y las motivaciones e intereses que se tejen a su alrededor responden a tiempos y lugares específicos. Esto lleva a que los acervos museales no puedan ser comprendidos como unidades fijas y con límites definidos, sino que se pueden leer a partir de una constante reconfiguración a lo largo del tiempo, en la cual se enfrenta una serie de tensiones entre el recuerdo y el olvido de los actores implicados en el proceso de musealización. En otras palabras, los objetos se constituyen como museales a partir de la intervención discursiva que los localiza y les designa múltiples sentidos, de forma que se reinventan constantemente.

A lo largo del presente artículo reflexiono sobre la colección etnográfica del Museo Nacional de Colombia (MNC), tomando como punto de partida el ingreso de los primeros objetos que fueron designados como “etnográficos” hacia finales del siglo XIX y finalizando con el ingreso de objetos colectados a partir de algunas expediciones que contemplaban un interés etnográfico, previas a la apertura del Instituto Etnológico Nacional (IEN) en 1941. En este proceso cambió el valor otorgado al objeto en el espacio museal.

Asimismo, analizo brevemente los mecanismos de colección, los actores y los valores museales asignados a esta colección en el periodo bajo estudio. El análisis de los objetos a través de sus procesos de musealización (Desvallées y Mairesse 2010) permite entenderlos más allá del sentido expositivo que les es adscrito en contextos determinados, dado que reconoce los múltiples niveles y dimensiones que operan en los procesos de musealización. El espacio museal al cual accede el público está fundado sobre la verosimilitud, en la que se entrecruzan discursos y valores que crean una mistura de sentidos que no son del todo explícitos para quien flanea o deambula por sus salas.

El Museo de Historia Natural se fundó en Bogotá en 1823, al mismo tiempo que la Escuela de Minas (Rodríguez 2009), e hizo parte de las instituciones nacionales postindependentistas; inicialmente pretendió tener un carácter pedagógico, dado que para la naciente nación era primordial crear espacios en los que se construyera y representara el sentido

nacional. Para Rodríguez, la confluencia del museo y la escuela señala “[l]a prééminence de ces institutions et l’association des deux établissements —musée et école— suggèrent que la recherche, l’expérimentation et l’éducation sont des éléments constitutifs du développement et du progrès du pays, essentiels à la construction de la nation” (2013, 295). En esta medida, los discursos de “progreso” marcaron notablemente la musealización de los objetos durante el siglo XIX e inicios del XX.

En los primeros años del Museo las colecciones se focalizaron en los tres reinos naturales y al poco tiempo se adquirieron objetos provenientes de las campañas de emancipación de la república. En esta vía “se ponía entonces en escena la gloria de la nación representada por los trofeos de guerra que estaban obteniendo las tropas patriotas en su campaña” (Pérez 2015, 110). Entre 1830 y 1880 el Museo pasó por diversas reformas, cambios de sede y directores, lo que provocó una crisis que lo llevó al “borde de la extinción”, acompañada de una constante incertidumbre en torno al espacio físico y el lugar de las colecciones (Botero 2006; Pérez 2015). Solo en 1881 se realizó el primer catálogo por solicitud del gobierno, en concordancia con la designación de una función patriótica para el Museo (Pombo 1881), tarea que fue asumida por Fidel Pombo, Genaro Balderrama y Saturnino Vergara (Pérez 2006).

En el contexto de repensar este espacio se publicaron la *Breve guía del Museo Nacional* (1881), la *Nueva guía descriptiva del Museo Nacional* (1886), el *Apéndice a la guía descriptiva del Museo Nacional* (1907) y el *Catálogo general del Museo de Bogotá* (1912) (Pérez 2015). Si bien estos trabajos le dieron visibilidad a las colecciones y permitieron hacer un recuento histórico del Museo, precedieron a su vez una reorganización de los objetos en diferentes espacios especializados en áreas específicas del saber; aunque desde 1867 esta institución era administrada por la Universidad Nacional de Colombia, solo hasta inicios del siglo XX se dividieron las colecciones en diferentes museos que tenían como centro de atención las bellas artes, la mineralogía, la arqueología, la etnografía, etc. (Reyes 2016).

Las colecciones etnográfica y arqueológica fueron transferidas de forma gradual al Museo Nacional de Etnología y Arqueología, creado en 1931, el cual fue años después administrado por el IEN, reemplazado a su vez por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (Icanh),

institución que actualmente custodia estas colecciones. En 1938 las colecciones hicieron parte de la Exposición Arqueológica para el cuarto centenario de Bogotá y la Exposición Internacional de San Francisco, California; en 1941 se hizo entrega en calidad de préstamo de la colección arqueológica al Departamento de Arqueología del Ministerio de Educación Nacional, mientras que la etnográfica permaneció en el cuarto piso del edificio del Banco de la República (Carta de Gerardo Arrubla a Otto de Greiff, AUNC, enero 12 de 1939; Informe de Gerardo Arrubla, AUNC, Bogotá, abril 1 de 1941).

En los años cuarenta se contempló reagrupar algunas colecciones aprovechando la designación del edificio del Panóptico como sede permanente para el Museo, en esta vía la directora Teresa Cuervo modificó el nombre de Museo Histórico a Museo Nacional de Colombia, y reorganizó el espacio expositivo de la siguiente forma:

1. Prehistoria; Arqueología, Etnografía, Orfebrería, Cerámica, etc.
2. Ciencias naturales; Zoología, Mineralogía y Botánica.
3. Historia del descubrimiento; Colonia, Independencia y República.
4. Bellas Artes; Pintura general, escultura, acuarela, grabado, miniatura, etc.
5. Variedades; Salas destinadas a perpetuar la memoria de hombres notables de Colombia: Departamentos de Iconografía; Muebles, Porcelanas, Tapices, encajes, abanicos y objetos de interés nacional; Folklore Nacional.
6. Departamento de Biblioteca y Salón de Lectura.
7. Departamento de ventas de catálogo del Museo, libros, folletos, postales y fotografías.

Para la realización de este Museo, es necesario incorporarle los Museos de Arqueología, de Ciencias Naturales y de Bellas Artes, que funcionan hoy separadamente. (Cuervo citada por Segura 1995, 321-322)

Aunque la etnografía y la arqueología se integrarían nuevamente en el discurso museográfico de este espacio, vale mencionar que el folclor no contó con la misma relevancia para quienes coordinaban este proyecto. La Comisión Nacional del Folclor surgió en 1943 a partir de la Sección de Cultura Popular del Ministerio de Educación y en 1946 fue anexada al IEN (Silva 2002). Cuando Luis Alberto Acuña, quien hacía parte de la comisión, propuso dar lugar a un museo folclórico

colombiano en el Panóptico, la idea generó un debate con la directora y finalmente en 1947 el Ministerio de Educación autorizó la designación del primer piso del edificio para el museo y las dependencias del IEN (Comisión Nacional del Folclor, Actas de 1946 y 1947). Asimismo, la formación profesional de quienes participaron de la construcción de conocimiento antropológico en los años cuarenta y la formación amateur de aquellos que participaron de los estudios del folclor (Silva 2002) hicieron mella en el lugar que se le designó a cada uno de estos saberes en el espacio museal.

Hoy en día, la información sobre la procedencia de los objetos de la colección etnográfica es difusa y en algunos casos pueden llegar a tener hasta cuatro números de registro que corresponden a diversas catalogaciones realizadas con los múltiples movimientos de la colección por diferentes sedes y administraciones. Algunas de ellas son la Casa Botánica (desde su apertura hasta 1842), el Edificio de las Aulas (1842-1913), el Pasaje Rufino José Cuervo (1913-1922), Edificio Pedro A. López (1922-1944) y el Panóptico (1948-actualidad). En las bases de datos de la colección, los años cuarenta son un punto álgido de ingreso de material, lo cual se relaciona con las expediciones y comisiones de investigación realizadas con el IEN, sin embargo, hay poca información sobre la adquisición de objetos antes de la existencia del Instituto. La tabla 1 relaciona algunas de las expediciones realizadas por el IEN.

Tabla 1.
Expediciones organizadas por el IEN

Lugar de expedición	Año	Temas	Investigadores
Tierradentro	Diciembre de 1941 a enero de 1942	Estudios antropológicos y arqueológicos	Gregorio Hernández de Alba, Graciliano Arcila Vélez, Eliécer Silva Celis y Ana Izquierdo
San Agustín	1943 y 1944	Excavaciones en el Parque Arqueológico Nacional	Luis Duque Gómez, Alberto Ceballos Araujo
Motilonia	Enero de 1944	Estudios etnográficos y antropológicos, elaboración de un vocabulario y colección de objetos	Alicia Dussán de Reichel, Virginia Gutiérrez, Roberto Pineda y Gerard Reichel Dolmatoff
Zona de los Chimila	Julio y agosto de 1944	Estudios etnográficos y colección de objetos	Milciades Chaves y Gerard Reichel-Dolmatoff
Carare	Septiembre de 1944 y diciembre de 1944	Investigaciones arqueológicas, estudios lingüísticos	La primera expedición estuvo Roberto Pineda Giraldo y en la segunda el anterior y Miguel Fornaguera P.
Zona de los Kwaiker	Finales de 1943 e inicios de 1944	Estudios lingüísticos, etnográficos y antropológicos	Milciades Chaves, Henri Lehman y Alberto Ceballos Araujo
La Belleza	Diciembre de 1943	Excavaciones arqueológicas	María Mallol de Recasens, Miguel Fornaguera, José de Recassens y Eliécer Silva
Macizo Colombiano	Junio y julio de 1944	Investigaciones etnogeográficas	Ernesto Guhl, Julio César Cubillos Ch.

Intendencia del Putumayo	Agosto de 1945-1946	Estudios etnográficos, antropológicos y colección de objetos. Visitaron poblados de las comunidades siona, kofán e inga	Milciades Chaves y Juan Friede
Río Yurumangüí	La primera durante enero y febrero de 1945. La segunda durante octubre y diciembre de 1945	La primera expedición no cumple con su objetivo, aunque llevan a cabo estudios etnográficos y lingüísticos en un grupo chamí y colectan objetos	En la primera expedición estuvieron: Gerardo Reichel-Dolmatoff, Milciades Chaves y Fernando Cámara Barbachano En la segunda: Ernesto Guhl, Gerardo Reichel-Dolmatoff y Roberto Pineda
Valle del alto río Calima	La primera en agosto de 1946 y la segunda en febrero de 1947. (Durante la segunda expedición al Yurumangüí)	Excavaciones y observaciones arqueológicas	Roberto Pineda Giraldo La expedición de 1947 la llevó a cabo Julio César Cubillos
Rioblanco (Tolima)	1945	Excavaciones arqueológicas	Julio César Cubillos
Quinchana	Octubre y noviembre de 1946	Investigaciones arqueológicas	Luis Duque Gómez
Ríos Ranchería y César, riberas y lagunas del Bajo Magdalena	1946-1950	Investigaciones arqueológicas	Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff

Ca. 1946-47	Investigaciones arqueológicas y etnográficas	En la primera participaron Gerardo Reichel-Dolmatoff y Milcíades Chaves
Pueblito (Magdalena) Noviembre y diciembre de 1948	Investigaciones arqueológicas	En la segunda Blanca Ochoa Sierra y Joaquín Parra Rojas
La Paz (Magdalena) Sevilla y Tucurínca	Investigaciones arqueológicas	Gerardo Reichel-Dolmatoff
(vertiente oriental de la Sierra Nevada de Santa Marta)	Estudios etnográficos	Gerardo Reichel-Dolmatoff
San Andrés (Sierra Nevada de Santa Marta)	Estudios etnográficos	Gerardo Reichel-Dolmatoff, Alicia Dussán de Reichel y Milcíades Chaves
Villa de Leiva	Investigación arqueológica	Blanca Ochoa Sierra
Guajira	Estudios etnográficos	Virginia Gutiérrez de Pineda, Roberto Pineda G., María Rosa de Recasens, Milcíades Chaves
Sibunday	Estudios antropológicos, médicos, etc. Colección de objetos.	Lothar Petersen
Amazonas	Estudios entre los grupos huitoto, bora, wirania y otros	Lothar Petersen
Sibaté (Cundinamarca)	Excavaciones arqueológicas	Rafael Reyes Parga

Fuentes: IEN (1945a; 1945b; 1947), Duque (1945; 1946), Arcilla (1943) y Reichel-Dolmatoff G. y Reichel-Dolmatoff A. (1951)¹

1 Esta tabla no pretende resumir de forma exhaustiva todas las expediciones.

En el material documental que reposa en los archivos del Museo Nacional de Colombia, el Archivo General de la Nación, el Archivo Gregorio Hernández de Alba y la Universidad Nacional de Colombia es posible encontrar la procedencia de algunos objetos que probablemente aún se cuenten en la colección, particularmente aquellos procedentes de finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, antes de la administración del IEN. A continuación, me acercaré a la musealización de esta colección. Es importante reiterar que a lo largo del tiempo se modificó la comprensión del objeto, que pasó de ser considerado como una curiosidad, a una antigüedad o reliquia, para finalmente adquirir el estatus etnográfico.

Las curiosidades y antigüedades se asocian a una práctica de colección de amateurs y viajeros relacionada con la creación de gabinetes de curiosidades o *Wunderkammern*, cámaras de maravillas, que reunían un conjunto de objetos de diverso tipo que se caracterizaban por:

1. La gran variedad de objetos contenidos; 2. La pretensión universal de mostrar el mundo en una cámara; 3. La separación entre *Naturalia* y *Artificialia*; 4. El acceso restringido; 5. El prestigio y la exigencia del poder que estaba justificado por la colección; y 6. La propiedad privada hasta los finales del siglo XVIII. (Kepplinger 2014, 91)

En contraste, la emergencia de los objetos arqueológicos y etnográficos en el espacio museal está asociada con una serie de prácticas de los trabajadores en los museos (directores, curadores, investigadores) que tuvo lugar en el intersticio del siglo XIX-XX, mediante la cual se buscaba darles sentido a partir del estudio de sus contextos de procedencia. Esta nominalización, a su vez, está asociada con expediciones de expertos, específicamente etnólogos y arqueólogos (Fabian 2010; Kirshenblatt-Gimblett [1990] 1991).

Colecciones que hoy en día son denominadas como arqueológicas y etnográficas tuvieron su origen en cámaras de curiosidades; en el caso europeo, algunas hacían parte de las colecciones reales y solo en el siglo XIX la lectura científica reorganizó los objetos en departamentos y unidades especializadas en diferentes áreas de conocimiento, lo que dio lugar a la creación de museos etnológicos (Hoffmann 2012; Penny 2002). Estos cambios nominales modifican el estado del objeto, de acuerdo con los procesos de selección, tesaurización y presentación (Desvallées y Mairesse 2010).

Me detendré en dos momentos, que propondré como espacios analíticos que permiten comprender las transmutaciones de los objetos: curiosidades para el progreso nacional y objetos disciplinados a través de prácticas antropológicas. Cabe advertir que esta propuesta no es un intento de periodización, ya que en algunas ocasiones estas concepciones de los objetos fueron simultáneas en el tiempo.

CURIOSIDADES PARA EL PROGRESO NACIONAL

Los trabajos de la comisión contratada por el Ministro Plenipotenciario Francisco Antonio Zea para la conformación del Museo, indican que desde 1824 se reconocía la existencia de colecciones mineralógicas, zoológicas, arqueológicas, etnológicas y de arte; aun así, el valor que les era asignado, era el de curiosidad:

El museo en su infancia posé ya algunas cosas raras; las siguientes son las principales. Una colección de minerales arreglada según el sistema del celebre Hüy [...] La mayor parte de estos minerales vienen de Europa y de otras partes muy remotas. Tienen algunos pedazos de hierro meteorico encontrados en diferentes partes de la República y analizados por los señores Rivero y Boussingault. Muchos huesos de animales desconocidos sacados en Suacha que son muy curiosos por su tamaño. Una momia encontrada cerca de Tunja con su manta bien conservada, y se supone debe tener más de 400 años [sic]. (*La Gaceta* [1824] citada por Rodríguez 2013, 355)

Durante las primeras décadas del Museo, la adquisición de objetos provenía en buena medida de donaciones e intercambios (Pérez 2010; 2015); estas estrategias eran comunes en el contexto museal internacional y solo en las últimas décadas del siglo iniciaron las grandes expediciones etnográficas o arqueológicas organizadas por los museos (Stocking 1985; Sturtevant 1969).

En Colombia, la musealización de estos primeros objetos tuvo lugar en la construcción de un discurso histórico de carácter patriótico. Entre ellos, la primera materialidad de procedencia indígena es un *acso* donado por el Mariscal Antonio J. Sucre (Acosta y Plazas 2011), considerado durante muchos años como el manto de la mujer de Atahualpa. Aun así, llegó al Museo como muestra testimonial de las batallas libertadoras.

De esta forma, su musealización estuvo mediada por la relación entre el objeto y la legitimación de las campañas libertadoras:

Ha sido depositado en el museo nacional el manto ò acso de la reina mujer de Atahualpa que el Gran Mariscal de Ayacucho envió al director de este establecimiento con el siguiente oficio.

Ejercito Libertador – Cuartel jeneral en la Paz à 12 de setiembre de 1825 – 15º. Al señor director del muséo de Bogotà. Señor director: me es muy agradable remitir á VS. El manto ò acso de la reina mujer de Atahualpa que hé podido conseguir como un monumento de antigüedad digno del museo de la capital de Colombia, y mucho mas digno despues que las tropas de nuestra patria han vengado la sangre de los inocentes Incas y libertado su antiguo imperio. [...] Antonio J. de Sucre [sic]. (*Gaceta de Colombia* 1826)

Diversos factores influyeron en el valor museal del acso: por una parte, como ya he mencionado, su donante fue el Mariscal Sucre, quien se sigue reconociendo como “prócer de la Independencia”; por otra parte, su donación daba cuenta del discurso nacionalista del momento, que resaltaba la “liberación” de los pobladores, aquellos que fueron “liberados”, en un conjunto simbólico que incluía a quienes llevaron a cabo las campañas. El conjunto de piezas que remitió Sucre da cuenta de ello, pues el manto se encontraba al lado de cinco banderas del regimiento español y el estandarte de Pizarro (Acosta y Plazas 2011).

Ahora, estos tres objetos representan tres espacios de poder que hicieron parte de los discursos patrióticos: las banderas del regimiento español representaban la corona española, el estandarte los próceres de la patria y el acso el mundo indígena, es decir, aquellos “imperios” que fueron emancipados por la acción de las campañas libertadoras. La asociación con Atahualpa, considerado el último gobernante del imperio incaico no era gratuita, este recurso discursivo enlazaba la historia de la patria con un pasado indígena imperial; de forma que la referencia a lo indígena estuvo subordinada al discurso independentista.

La elaboración del primer catálogo del Museo se realizó durante los gobiernos conservadores de finales del XIX, momento caracterizado por el fortalecimiento del discurso nacional que giraba en torno a la búsqueda de la “unidad nacional” con un toque hispanista y patriótico

(Reyes 2009), asimismo, “hizo parte una estrategia a través de la cual se buscaba generar un reconocimiento del patrimonio que albergaba” (Pérez 2015, 114). Pombo anunciaba en el catálogo:

Hoy podrá el público encontrar, con esta pequeña guía en la mano, las banderas más gloriosas de nuestra independencia, algunas reliquias y recuerdos de nuestra historia patria, y también comenzará a conocer los variados objetos de la historia natural del país, tan humildemente representada en el día, pero que irá creciendo y formando colecciones útiles para el estudio y adelanto de estas ciencias entre nosotros. (1881, 10)

El acervo fue clasificado entonces en dos secciones: Historia (arqueología, curiosidades y pintura) e Historia Natural; en la primera había una subsección denominada “Objetos y curiosidades indígenas”, donde se encontraban:

Manto de la mujer de Atahualpa, esta preciosa reliquia tiene 348 años, y fue remitida al Museo por el señor General Sucre. Colcha de plumas, fabricada por los indios del Cuzco. Ídolos y vasijas de barro. Un cincel y un huso de pedernal. Cajas de guardar flechas y saetas. Cerbatanas, 6 armas para la caza de ciervos. Arcos de disparar flechas. Flechas armadas de puntas de fierro, de macana y de guadua. Dardos e instrumentos de música. Cuatro vasijas que contienen curare, ó veneno para las flechas. Peine muy curioso. Collar de coco labrado. Id. de pepas. Brazaletes de dientes de pescado. Adorno de huesos de aves, que traen las indias en la espalda. Penacho de plumas. Cestillas de paja. Cetro de un cacique [sic]. (Pombo 1881, 12-13)

La noción de “orden” que caracterizaba el discurso conservador dio lugar a que los objetos que procedieran de comunidades indígenas de aquel presente fueran clasificados como curiosidades. Con ello se demarcaban simbólicamente los espacios nacionales, teniendo en cuenta que:

Los territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie en Colombia hacen parte de un escenario global que genera un cierto tipo de geografías políticas que no pueden ser consideradas como “geografías físicas” ni como “regiones naturales”, sino como espacios de proyección: son objeto de un proceso de mistificación. (Serje 2005, 10)

Los procesos de adquisición de estos objetos dan cuenta del valor que les fue asignado. En gran parte provenían de las diferentes comisiones y misiones (gubernamentales y religiosas) realizadas a lo largo del territorio nacional durante el siglo XIX e inicios del XX. La reorganización territorial posterior a la Independencia hizo necesario identificar y demarcar los límites de un paisaje geográfico y social que buscó la reducción y civilización de aquellos o aquello considerado como territorios de frontera, a donde se dirigieron las expediciones (Serje 2005). El ejercicio colector estuvo a cargo de actores que hacían parte de la administración local, ya fueran de carácter estatal o eclesiástico: los misioneros, los ingenieros que hacían parte de las comisiones y expediciones del gobierno, los alcaldes, los vicarios, entre otros.

A través de los objetos se identificaban y legitimaban fronteras socio-geográficas que correspondían a los discursos modernizadores y civilizadores-patrios, materializados por diferentes estrategias como la evangelización, la apertura de misiones, internados, colonias agrícolas, construcción de caminos y vías, identificación de recursos naturales de interés económico, etc. (Córdoba 2015; Kuan 2015; Pérez 2015; Reyes 2016). La materialidad expuesta en el Museo se convirtió en un testimonio del proyecto de modernización y desarrollo del país, que no buscaba comprender los usos y significados que tenían dichos objetos en los contextos de los cuales provenían, sino que trataba de inscribirlos discursivamente en una identidad nacional, asignándoles un valor que rendía testimonio de los procesos mencionados.

Ocurría algo similar a lo sugerido por Serje en el caso de

los paisajes y lugares, que son productos sociales gestados a partir de la memoria y la experiencia de grupos concretos, se ven relocalizados en el marco de la integración nacional que busca imponer en el territorio el orden racional del mercado moderno y de los sistemas de interpretación y de manejos que le son inherentes. (2005, 113-114)

Las expediciones a los territorios de frontera de ingenieros, comisionados por el gobierno y ministerios se orientaban a la demarcación de los límites territoriales, la identificación de recursos naturales y la realización de estudios de viabilidad de construcción de vías de comunicación. Empezaron a remitir al Museo objetos que eran testimonio

del papel relevante que los recursos de estas regiones podrían tener en la modernización del país como fuentes potenciales para economías extractivas o para el establecimiento de industrias locales que tuvieran impacto en la consolidación de una economía nacional, incipiente para aquel entonces.

En los documentos de archivo del MNC es posible identificar los lugares de origen de estos objetos: Tamalameque, Arauca, Serranía de los Motilones, Casanare, entre otros. Todos ellos ubicados en los territorios de frontera, caracterizados por ser zonas de contacto, en donde las trayectorias de los sujetos se intersectaban espacial y temporalmente (Pratt 1992).

Los discursos que se crearon alrededor de estos territorios coincidían con la representación de la alteridad de estas regiones, pues aunque tenían potencial para el desarrollo del país, estaban habitadas por lo salvaje, un *salvajismo* que se expresaba en las condiciones geográficas —donde las comisiones se enfrentaban con la selva agreste y los llanos indómitos, como en los paisajes sociales que se narraban—. Esto lo desglosaré en los siguientes ejemplos.

Casos como los de Ruperto Ferreira ilustran estos procesos colectores. Ferreira fue el primer egresado de Ingeniería Civil y Militar de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional de Colombia, y participó y dirigió varias misiones relacionadas con la construcción de las líneas de ferrocarril y carreteras en diferentes zonas del país (Londoño 1991). De sus viajes, no solo queda registro en sus informes, sino también en la remisión de una serie de objetos al Museo, que provenían de las zonas de frontera que esperaba modernizar. Participó en la Comisión de Límites con Venezuela y donó “varios arcos y flechas de indios guajiros, inclusive unas envenenadas con el nombre de rayas” (Carta de Abadía Méndez al Director del Museo, AMNC, enero 8 de 1901), mientras que de su expedición a los Llanos de San Martín donó una colección de más de cincuenta objetos en 1913.

El interés por las armas se repetiría en otras donaciones de la época. En algunos casos la interpretación que los acompañó buscó musealizar al *indio indomable* que estaba siendo domado tanto discursiva como empíricamente mediante los procesos modernizadores. Cuando Pedro M. Carreño, Ministro de Gobierno en 1912, donó al Museo una serie de objetos en 1913, los presentó de la siguiente forma:

[...] ocho lanzas y un arco, armas pertenecientes a los indios salvajes del Carare, y con las cuales dieron muerte hace poco al señor Vicente Olarte O. y cuatro compañeros, quienes hacían una excursión por el río de ese nombre [sic]. (Carta de Pedro M. Carreño al Director del Museo, AMNC, mayo 21 de 1913)

Años después, la imagen belicosa asociada a la donación de objetos se repetiría:

[...] le obsequio [...] un carcaj, compuesto de varias flechas de lanzas de acero y un arco de macana, pertenecientes a un cacique de la tribu de motilonos [...] esa tribu indomable y altanera, tiene como enseña el no aceptar la conquista [...] sus glorias antepasadas rompieron un día los cercos de Nuestra Señora del Pilar, destruyendo los conventos [...] mataron a todos los hombres y solo perdonaron la vida a las mujeres y a las niñas. [...] Armas sencillas en apariencia, pero tremendas por sus efectos, son esas que les ofrezco, para que los niños que las vean sepan que [...] para defender el suelo patrio [no] sea necesario mucho. (Carta de Joaquín Durfán Mantilla al Director del Museo, AMNC, julio 27 de 1924)

En las reservas actuales del MNC se encuentra un amplio conjunto de flechas, lanzas, puntas, arcos, etc., sin embargo, en general se desconoce su procedencia, de manera que no es posible identificar aquellas que fueron donadas a inicios del siglo xx. Es probable que algunas de ellas aún reposen allí y en algún momento perdieran el valor museal con el que se inscribieron cuando fueron adquiridas. La normalización disciplinaria de los años treinta del siglo xx y la generación de prácticas científicas en torno a los procesos de colección llevó a que los valores patrióticos asociados a las hazañas del progreso del país en estas piezas fueran quedando atrás, mientras que el acervo se fue ampliando con el ingreso de objetos procedentes de la etnografía de rescate del IEN.

Las donaciones de Ruperto Ferreira, Pedro M. Carreño y Joaquín Durfán Mantilla son testimonio de los encuentros que tuvieron lugar en los viajes a los territorios de frontera. Los objetos procedentes de las comunidades que allí habitaban eran percibidos como curiosidades que indicaban la belicosidad de las gentes y los conflictos entre estas y las expediciones o comisiones; ninguna de sus cartas menciona a los

sujetos con quienes interactuaron, además, tomaban como belicosos, instrumentos que probablemente servían para la caza de animales. La intención de los comisionados no era conocer a los habitantes de estos territorios, sino realizar estudios sobre recursos naturales, vías de comunicación, límites, etc., lo que convertía los objetos colectados en una curiosidad accesoria a sus intereses principales.

Vale la pena mencionar otro caso de colección de estos objetos como curiosidad. En 1887 el gobierno colombiano firmó un Concordato con la Santa Sede y a partir de este se emitió una serie de decretos y normas en las que se reconoció y autorizó la presencia de comunidades religiosas católicas en lo que pasó a ser considerado como territorios de misión (Córdoba 2015; Kuan 2015), que en gran parte correspondió con lo que para las expediciones de ingenieros eran los territorios de frontera.

Bajo ambas denominaciones subyace el sentido de cobijar bajo una episteme moderna-occidental estos territorios, ya fuera civilizando o modernizando o mediante la evangelización de las gentes. Las dos acciones propugnaban por la nacionalización de lo indígena en el marco de las propuestas acerca de la identidad nacional de los gobiernos conservadores del intersticio de siglo (Reyes 2009).

Con la Ley 89 de 1890 se asimiló a los indígenas como “menores de edad”, incluso en el manejo de los resguardos. Esto abrió paso para que los misioneros y misioneras fungieran como agentes del Estado, considerando que con su labor estaban aportando feligreses a la iglesia y ciudadanos a la patria; las praxis de cada misión dependían de la comunidad a la cual pertenecían, además de los permisos otorgados por el Congreso. En algunos casos el Congreso autorizó la realización de expediciones que tenían como objetivo bautizar y realizar censos en los poblados indígenas, mientras que en otros permitían la construcción de una misión, con la respectiva creación de internados (masculinos y femeninos), cajas de préstamo, adecuación de tierras para monocultivos, entre otras. Asimismo, garantizó la presencia prolongada de los misioneros en los nuevos pueblos misión (Reyes 2012).

Parte del presupuesto de las misiones provenía de fondos gubernamentales, así que su actividad estuvo regulada por la elaboración de informes acerca de los trabajos adelantados. Los misioneros utilizaron diferentes mecanismos para legitimarse, entre ellos los litigios y debates en publicaciones periódicas locales, los informes mencionados, la

organización de una Exposición Nacional de Misiones en 1924 y el envío de diferentes objetos producidos en las misiones al MNC. En este caso hablaban de objetos producidos, dado que en algunas ocasiones eran resultado de las labores de enseñanza de ciertas técnicas de tejido entre las comunidades, así como de patrones de actividades artesanales propias.

Este fue el caso de Juan Nepomuceno Rueda, comisionado por el gobierno en 1889 para hacer un viaje por los Llanos con el objetivo de “iniciar el proceso de reducción de los indígenas y [...] la configuración de un conocimiento sobre la región del Casanare, que comprendía a sus pobladores, sus recursos naturales y sus condiciones físicas” (Pérez 2015). Con las siguientes palabras envió un conjunto de objetos al director del Museo:

[...] remitirle unas flores de plumas, hechas por los indios que moran en las orillas del Cusiana, técnica enseñada por los misioneros [...] sírvase darles colocación en el museo que tan dignamente dirige Ud., aunque no son objetos valiosos, pero tienen el mérito de ser hechos por los indios, de revelar lo que son capaces de hacer en las artes y en las ciencias, luego de se les [inculca] en ellos la civilización cristiana que desean [sic]. (Carta de Juan Nepomuceno Rueda al director del Museo, AMNC, abril 19 de 1890)

En esta ocasión, el valor museal estaba asociado al *grado de civilización* de quienes los elaboraban, en correspondencia con las acciones en ejercicio en los territorios de misión. Los misioneros consideraban que:

Es cuestión de honra y causa de legítimo orgullo [...], para un Estado digno y progresista, poder mostrar ante la sociedad cómo las barreras, detrás de las cuales vivían estos seres primitivos, están cayendo destrozados merced, no a una lluvia de metralla u otros procedimientos bárbaros, sino al rasgo más noble y digno que puede ejecutar en estos casos una nación: levantar y dignificar al salvaje, perfeccionándolo y haciéndolo participante de las ventajas que reporta la vida civilizada [sic]. (República de Colombia 1919, 17)

En esta medida, la musealización se relacionaba con el proyecto misionero que buscaba “mostrar ante la sociedad” su trabajo entre los indígenas reducidos en las misiones. Nepomuceno Rueda escribía meses después:

Entre los objetos que hallé en Casanare y que remití a Ud. figura una sarta de cuentas de los indios trabajada por ellos [...] Las cuentas simbolizan el Rosario de que los indios tienen tradición, o usan como gargantilla dejando siempre colgante la parte que representa el [Rosario]. (Carta de Juan Nepomuceno Rueda al Director del Museo, AMNC, noviembre 19 de 1889)

La relación entre el gobierno, los misioneros y la entidad museal hizo posible el ingreso de los objetos en las colecciones; desde la perspectiva de los misioneros, estos fueron “entregados” por las comunidades que se encontraban en los territorios de misión de los diferentes Vicariatos y Prefecturas, con lo cual también se legitimaba el poder de los misioneros en estas zonas, en respuesta al proyecto nacional de la época.

Por encargo del Excelentísimo señor Presidente de la República, tengo el honor de enviar a usted, con destino a ese Establecimiento, el arco, flechas y collares entregados por los indios motilonos al Vicario Apostólico de la Goajira en la primera entrevista que tuvieron en la Sierra, el día 7 de septiembre de 1914 [sic]. (Carta de Luis Carlos Correal al Director del Museo, AMNC, julio 28 de 1915)

En el caso de los misioneros, a diferencia de los exploradores de las comisiones dirigidas a la identificación de recursos, vías e infraestructura, los objetos se convirtieron en indicadores de los cambios culturales y progreso dirigidos por ellos mismos. En los dos casos, desconocieron los valores culturales de estos objetos, es decir, sus usos y significados en cada una de las comunidades productoras; aunque ingresaron como curiosidades, su relevancia para el espacio museal residió en la forma en que rendían testimonio de las actividades de los exploradores o los misioneros en estas regiones.

Estas prácticas de colección y adquisición instrumentalizaban los objetos y sus valores en función del discurso nacional de finales del siglo XIX e inicios del XX. Su musealización estuvo determinada por la manera en que podrían convertirse en testimonio de los avances sobre los territorios de frontera, ya fuera a través del enfrentamiento de una atmósfera hostil que era domesticada y controlada o con los cambios que tenían lugar en vías del progreso o desarrollo sociocultural del país.

OBJETOS DISCIPLINADOS POR PRÁCTICAS ANTROPOLÓGICAS

A inicios del siglo xx las celebraciones del centenario de la independencia propiciaron la creación de una serie de comisiones que dieron lugar a hitos patrióticos que marcaron a varias generaciones de colombianos (Acevedo 2010; Vanegas 2010). En 1902 se conformó la Comisión de Historia y Antigüedades Patrias, la cual contemplaba entre sus actividades:

[...] el estudio de las antigüedades americanas y de la Historia Patria en todas sus épocas; el allegamiento y análisis de los materiales propios de tales estudios; la fundación de museos y el aumento del que existe en Bogotá [...] y el estudio de los idiomas, tradiciones, usos y costumbres de las tribus indígenas del territorio colombiano, para lo cual se solicitará, previos los permisos del caso, la cooperación de los religiosos misioneros [sic]. (Academia de Historia Nacional 1903, 1)

Estas comisiones jugaron un rol importante en la valoración de los objetos que fueron adquiridos e ingresaron al espacio museal. Con los trabajos de estos académicos, las “antigüedades” fueron inscritas en una narrativa histórica nacional, en la que el objeto arqueológico se convirtió en una de las fuentes para estudiar el pasado de sociedades ágrafas; de forma que, a través de la Academia, se institucionalizó el estudio científico “del indígena colombiano” (García 2009). Ello dio lugar a un proceso colector desde un interés “académico-científico” que no dejaba de ser partícipe de los discursos nacionales. Quienes valoraron los objetos y administraron sus usos en diferentes discursos hacían parte de los ministerios, las comisiones académicas y las sociedades nacionales e internacionales. La consolidación de saberes académicos a través de estas comisiones dio lugar a que la musealización de los objetos tuviera otra mirada, distinta a la precedente. Lentamente fueron apareciendo otros significados de los objetos, tamizados por las teorías sociales de la época. El cambio interpretativo en torno a los objetos etnográficos se evidencia en el catálogo publicado por Ernesto Restrepo Tirado, historiador que fue director del Museo entre 1911 y 1920, *Catálogo general del Museo de Bogotá* (1917), el cual centró la atención en la colección arqueológica e hizo una breve referencia a los “Objetos indígenas contemporáneos”.

Por una parte, para Restrepo las prácticas de los indígenas del presente podrían dar información sobre el pasado:

Los instrumentos de música y armas que hemos descrito hasta aquí provienen de las tribus del Magdalena, del Darién y de los Llanos. Son más o menos copia de los que usaban los primeros habitantes, y fueron de uso común en casi todas las tribus. (Restrepo 1917, 87)

Por otra parte, procuró describir los materiales de elaboración de los objetos y en algunos casos hizo referencia a sus usos en los contextos de procedencia, como por ejemplo en el siguiente registro: “Cuatro fajas de *tajataja*, dos blancas y dos de color. Sirven de abrigo a los indios del Llano, quienes las llevan sobre los hombros o alrededor de la cintura, como vestido. Son muy usadas en casi todas esas tribus” (Restrepo 1917, 87).

Un ejercicio colector de carácter liminal entre la comprensión de los objetos como curiosidades y de carácter etnográfico fue el de Jorge Isaacs en 1881. El escritor trabajó como Secretario de la Comisión dirigida por José Carlos Manó, la cual buscaba realizar un estudio de los tres reinos naturales de la república, con interés en el conocimiento y explotación de las minas para el desarrollo material del país (Cristina 1991). Algunas de las interpretaciones evolucionistas de Isaacs pusieron en tela de juicio su trabajo y provocaron un álgido debate con Miguel Antonio Caro, a lo que se sumó que “para los profesores comisionados por el poder ejecutivo nacional con el fin de evaluar su efectividad y relaciones con la ciencia [...] los resultados de la misión fueron desastrosos y ‘poco científicos’” (Chacón 2009, 43).

En la expedición al Magdalena, Isaacs recolectó y entregó al Museo una colección de 92 piezas,

donde 18 corresponden a objetos de uso y artefactos, 15 antigüedades de las tribus que habitan la Sierra Nevada, 5 antigüedades de la tribu que habitó las orillas del río Dibulla, 8 antigüedades de los indios que habitaron las llanuras del Chanchico, 2 antigüedades de los indios de Chimichagua, 6 objetos de uso y artefactos de los indios motilones, 3 del Fuerte de San José de Bahía Honda, 13 muestras de una colección de plantas medicinales usadas por los indígenas y de otras de utilidad positiva para la industria y comercio, y 22 fósiles y muestras de minerales. (Isaacs, AMNC, 1886)

La entrega estuvo acompañada de un ensayo titulado “Estudio sobre las tribus indígenas del Estado del Magdalena”, publicado por entregas en

los *Anales de la Universidad Nacional* y los *Anales de Instrucción Pública* entre 1881 y 1886. Esta fue la primera colección que ingresó al Museo gracias a una comisión que consideraba importante “mostrar las formas autóctonas de cultura oral y material —a través del estudio de piezas y de la cultura oral-cosmológica de los indígenas— desde una perspectiva histórica” (Chacón 2009, 43). A diferencia de los colectores mencionados antes, Isaacs se preocupó por acercarse a cuestiones mitológicas, las relaciones entre las comunidades que allí habitaban, entre otros temas; pero su publicación más que etnográfica se podría caracterizar como propia del ensayo social de finales del XIX e inicios del XX. Según Isaacs:

Aparte de los trabajos de geógrafos y naturalistas competentes —no aventureros y embaucadores, sino idóneos de veras— la obra en los territorios ocupados por tribus salvajes, no solo pide administradores cultos y filántropos y labor de etnógrafos y arqueólogos; requiere misioneros de aptitudes probadas, de virtudes eximias, de mansedumbre y de perseverancia admirables. (1967)

A diferencia de los procesos de recolección en los que se inscribían las curiosidades, en este caso hay un esfuerzo por reconocer la “cultura” de las comunidades productoras de estos objetos y no solo entenderlas como un espacio de instrumentalización discursiva del desarrollo y progreso del país. Con esta idea Isaacs procuraba, a su vez, legitimar la realización de la comisión y el desplazamiento en sí mismo, por la búsqueda de conocimiento a partir de las relaciones con la diversidad de actores indígenas que participaban del sistema de intercambio de objetos y saberes:

[...] los estudios restantes versan sobre las tribus indígenas del Estado, las cuales demandaban preferente atención, por motivos que antes apunté, investigaciones minuciosas, esfuerzo tenaz: captarse el respeto y cariño de los jefes y sacerdotes, y el de sus allegados, lo primero; recorrer así, ya en compañía de algunos salvajes, las comarcas que habitan y los desiertos donde imperan; en el estudio de los idiomas, no perder instante propicio para la adquisición de un dato valioso, de una palabra nueva, de un giro extraño; obtener de los ancianos, mediante dones, benevolencia y astucia paciente, lo que no ha sido fácil conseguir de los jefes y médicos-sacerdotes, en lo relativo a tradiciones y creencias religiosas; conquistar el afecto

de las mujeres, comúnmente agreñas y recelosas al principio, con regalos de bujerías y bagatelas, que estiman mucho para adornarse a su modo, y acariciando a los niños, tributando consideración a las ancianas; en fin, días y noches, perdido el recuerdo de número y de fechas, sin otra sociedad que la de gentes bárbaras, sin más techo, ni hogar ni cuidados que los suyos. (Isaacs 1967)

Los objetos colectados adquirirían un valor museal como testimonio de este viaje y hacían un acercamiento tímido a estos desde sus usos y significados en los contextos de producción. Un ejemplo de lo anterior se encuentra en las explicaciones de Isaacs sobre la importancia de las cuentas para las comunidades de la Sierra:

Zimoni llaman los businkas, y shímoni los sehiukos, las cuentas, cilindrillos y dijes de preciosas piedras, perforadas o no, a las cuales atribuyen poder curativo y eficacia de amuletos [...] Mas de los amuletos que nombro, requieren desde ahora mención singular los que representan en cornerina purpúrea cabezas informes de caballo o de animal semejante, que según los sacerdotes indígenas tienen la propiedad de hacer producir caballos vigorosos y de color alazán o castaño a las yeguas de quienes poseen tales amuletos. [...] Dos ejemplares de objetos de tal especie conseguí en la Sierra Nevada, los mismos que con los números 24 y 25 hacen parte de la colección cedida al Museo Nacional. (Isaacs 1967)²

En su hilo argumentativo se entrelazaban las experiencias de viaje, el relato de los desplazamientos aunado a la identificación de espacios geográficos, petroglifos y recolección de los objetos; junto con algunas interpretaciones producto de su interacción con personas de las diferentes comunidades y un diálogo académico con publicaciones anteriores sobre la Sierra, Colombia o América, a lo largo del documento se refiere a los trabajos Codazzi, el Marqués de Nadaillac, Humboldt, Duquesne, entre otros.

2 Se refiere particularmente a las siguientes referencias que se encuentran en el listado de la *Colección entregada al Museo Nacional. Objetos de uso y artefactos*. “24. Amuleto de cornerina roja, que representa la cabeza de un caballo o de un animal semejante. 25. Un id. de tamaño menor” (Isaacs, AMNC, 1886).

A pesar de que la colección fue entregada al Museo junto con un listado detallado de los objetos, que identificaba algunos de sus usos y significados en sus contextos de producción, los objetos correrían con el mismo destino de los materiales que habían ingresado por medio de otras prácticas de colección en esa época, dado que actualmente no es posible identificarlos en los catálogos del Museo. En algún momento, en el trasegar del tiempo y los cambios de sede del Museo, los objetos perdieron los valores que les fueron inicialmente asignados en el espacio museal, lo que los convirtió en materiales anónimos, probablemente algunos de ellos permanezcan en las reservas nominalizados como “por definir” o “sin identificar”.

Volviendo al punto inicial de este apartado, con la creación de la Comisión de Historia y Antigüedades Patrias se redefinió el sentido del Museo y la musealización de las colecciones. Una de sus primeras actividades fue la visita y revisión de las colecciones MNC. Los integrantes de dicha comisión fueron Bernardo Caicedo, José María Cordovez Moure, Pedro María Ibáñez, Ernesto Restrepo Tirado y Manuel G. de Pombo (Carta de José Joaquín Casas al Director del Museo, AMNC, mayo 5 de 1902).

Casi dos décadas después se creó otro órgano con un papel similar, la Comisión de Etnología y Arqueología, la cual reorganizó las colecciones y creó el Museo Nacional de Etnología y Arqueología en 1931. Sus actividades iniciaron con un llamado a los organismos locales para que participaran en las actividades de recolección y adquisición de nuevos objetos destinados a los acervos del Museo, solicitando que:

[...] el Ministerio se ponga en comunicación con las misiones y las comisiones de colonización para que envíen donaciones y se pongan en comunicación con el Museo para continuar relaciones que pueda redundar en bien de la colección [...] solicitar un mapa para formar una etnografía de las tribus existentes o desaparecidas. (Acta n.º 3 de la Comisión, AMNC, 1931)

No era la primera circular que animaba a participar a diferentes actores de los procesos de colección, en 1910 Ernesto Restrepo Tirado había enviado una circular similar con el objetivo de enriquecer las colecciones del Museo por medio del envío de objetos “que podrían ser interesantes [...], en especial para la sala de gobernantes de Colombia”

(Pérez 2015); sin embargo, la de 1931 tenía como centro la colección de objetos provenientes de las “tribus existentes o desaparecidas”.

Además, el Museo, en articulación con otras entidades, empezó a organizar o apoyar algunas expediciones que contemplaban la adquisición de objetos. Este fue el caso de la expedición a Aguabonita (Huila) en 1918, en la cual el Museo comisionó a Gabino Charri y Cenón M. Valencia para hacer un informe sobre las ruinas encontradas en dicho municipio; el concepto que estos emitieron fue el siguiente:

[...] en las excavaciones que practicamos encontramos restos de cerámica de las cuales enviamos algunos fragmentos al señor Director del Museo [...] Somos de concepto que el Gobierno nacional debe estar sobre aviso acerca de este [...] Entretanto el Gobierno debe auxiliar en alguna forma al indígena Ignacio Cotacio, ya por ser el primer descubridor de aquellos monumentos y primer ocupante de los mencionados terrenos, ya por ser un pobre agricultor, hombre laborioso. [...] Así se estimulará para que practique continuamente excavaciones y recoja los objetos de algún interés que encuentre y de cuenta oportuna de ello a quien corresponda [sic]. (Charri y Valencia, AMNC, noviembre 2 de 1918)

Se entrevén aquí las redes que se tejían alrededor del proceso colector, en el cual cada actor cumplía una función que iba cambiando el sentido del objeto desde su sitio de procedencia hasta su musealización. En esta medida participaron el Ministerio de Gobierno, como la entidad a la cual se destinaba el informe porque regulaba las actividades del Museo, el Director del Museo quien autorizaba el ingreso y permanencia del objeto como parte del acervo museal, los comisionados, quienes emitían un juicio sobre el valor museal de este y el indígena, quien encontraba e informaba sobre sus hallazgos a las entidades correspondientes.

Durante las primeras décadas del siglo xx primó la creación de comisiones acerca del hallazgo de ruinas, cementerios y otros registros de carácter arqueológico. Otros ejemplos de ello son la Comisión de Investigación Arqueológica que fue creada a través de la “Resolución n.º 80 por medio de la cual se estudió y excavó el templo del sol en Sogamoso” (Ministerio de Instrucción y Salubridad Pública, AMNC, marzo 14 de 1924). Su labor consistía en emitir un concepto para confirmar que este sitio fuera el que correspondía a los relatos de las crónicas. Asimismo, las

circulares emitidas por la Comisión habían surtido efecto, ya que en algunos casos los ingenieros informaban al Ministerio de Instrucción y Salubridad Pública sobre los hallazgos que realizaban en sus trabajos y la necesidad de formar comisiones para su estudio. Por ejemplo, la Société Nationale des Chemins de Ferrocarriles en Colombia, encargada de la construcción del Ferrocarril del Nordeste en 1924, encontró sepulturas en los alrededores de Suesca y solicitó al Ministerio de Instrucción y Salud Pública la creación de una Comisión Científica para su estudio (Carta del Ministerio de Instrucción y Salubridad Pública al Director del Museo, AMNC, julio 23 de 1924); también este fue el caso del reporte de Silvino Rodríguez, quien en sus terrenos encontró un cementerio y solicitó que se remitiera una Comisión para su excavación y estudio (Carta de Silvino Rodríguez al Presidente de la Academia Nacional de Historia, AMNC, noviembre 21 de 1926).

Una de las primeras expediciones que incluyó la colección científica de objetos de carácter etnográfico fue la de Gustaf Bolinder (1888-1957), etnólogo sueco, adscrito al Museo de Gotemburgo, quien realizó varios viajes a Colombia y a Venezuela para llevar a cabo estudios en diferentes comunidades indígenas entre 1914-1916, 1920-1921, 1935-1936, 1936-1937 y 1942. En Colombia realizó inicialmente una excursión a la Sierra Nevada de Santa Marta, auspiciada por la Academia de Ciencias de Suecia y el Museo de Gotemburgo, y posteriormente estuvo en los Llanos Orientales por solicitud del gobierno colombiano. Años después de su primera visita al país fue nombrado, en 1934, miembro del centro de Investigación Arqueológica y Etnológica que cooperaba con la Academia Colombiana de Historia; su inclusión en el mundo académico nacional propició una buena atmósfera para su retorno por medio de un contrato con el gobierno colombiano.

Bolinder viajó hacia los Llanos Orientales colombianos, específicamente a Meta y Vichada, junto con Ramón Carlos Góez y un oficial designado por el Estado Mayor General del Ejército; el trabajo que realizó Bolinder con otras personas en Colombia merece una especial atención, dado que revela la relación entre diferentes instituciones (museo, universidad y ministerios). Además, la colección producto de sus investigaciones fue el primer conjunto de objetos que ingresó al Museo colectado por medio de una expedición etnográfica.

El Ministerio de Educación firmó un contrato con Bolinder “sobre enseñanza y algunos trabajos relacionados con la arqueología y etnografía” (Ministerio de Educación Nacional, AGN, 1936), que incluía diferentes actividades como la realización de una serie de conferencias sobre fundamentos de arqueología y etnografía, la asesoría para la creación de una biblioteca especializada, la impartición de dos cursos en la sección de estudios históricos y geográficos de la Facultad de Ciencias de la Educación, la preparación de la colección, trabajos en la Biblioteca Nacional y algunas asesorías a la Dirección de Intendencias y Comisarías sobre temas relacionados con “tribus indígenas” (Ministerio de Educación Nacional, AGN, 1936).

Siguiendo la estrategia propuesta en la circular emitida por la Comisión de 1931, se preveía que en los procesos de colección participaran intendentes, misioneros, indígenas, comisionados, etc.:

A consecuencia de informes recibidos de conexiones y amigos hechos por allí, de los buenos y amables Padres, las autoridades civiles, especialmente el señor Intendente y otras personas de experiencia, se hicieron en Villavicencio y San Martín compras de importancia de mercancía para cambiar con los indios, como telas (mucha), hilazas, anzuelos, cuchillos, agujas, hilos, peinillas, mucha sal (pesada), tabaco, etc. y provisiones como café, arroz, azúcar, panela, carne seca, frijoles, dinamita, etc. (Carta de la Legación de Suecia a Gerardo Arrubla, AGN, 11 de marzo de 1935)

El sistema de intercambio de Bolinder le permitió recolectar veintiocho bultos de material científico y objetos que fueron repartidos por partes iguales entre las dos instituciones que apoyaron la investigación: la Real Academia de Ciencias de Suecia y el Museo Nacional (Carta de Gerardo Arrubla a la Secretaría del Ministerio de Educación, AGN, febrero 2 de 1936). Para Bolinder los requisitos del ejercicio colector eran los siguientes:

La recolección de objetos de indígenas comprende todo objeto transportable. Consiga siempre varios ejemplares de cada cosa, si fuese posible, sin olvidar objetos de fabricación no terminados aún, por tener estos mucha importancia en el estudio de la técnica aborígen [...] háganse dibujos exactos a escala [...] hay que enumerar cada objeto enseñada y hacerse una lista de las colecciones con sus números correspondientes y una breve descripción. Una

colección sin esta lista y sin los datos correspondientes, no tiene valor alguno. (AGN, 1939)

Un total de 618 objetos provenientes de las comunidades “piapocos, guahibos, guayaberos y salivas” fueron destinados para Colombia, entre los que había instrumentos para la pintura corporal, mochilas, collares, pulseras, dientes, plumajes, adornos, instrumentos para consumir rapé, cigarros, indumentaria de hombres y mujeres, maracas, flautas, bancos de madera, canastos, macanas, flechas, arcos, redes, vasijas y recipientes, entre otros (Lista de objetos de las tribus, para Colombia, AGN, enero de 1936).

Esto anunciaba una práctica que se normalizaría años después en la conformación de colecciones etnográficas en el país, la cual considera que el proceso de colección se debía acompañar de la elaboración de descripciones detalladas, la identificación y elaboración de listas que permitieran el entendimiento de los usos y sentidos de los objetos en sus contextos de producción. Su valor museal provendría de su capacidad de rendir testimonio de significados y prácticas culturales de los lugares de donde provenían.

La lectura de lo indígena y el trabajo etnográfico de Bolinder ubica sus prácticas entre el Museo (la colección), la Universidad (las conferencias) y el Estado. Una de sus tareas asignadas al viajero sueco fue escribir el *Manual etnográfico sobre la cuestión de los indios para empleados del Ministerio de Educación Nacional y de la Sección de Intendencias y Comisaría del Ministerio del Gobierno*. Para Bolinder, esto suponía que era necesario comprender que:

[...] la mentalidad y las costumbres de los naturales son por lo regular enteramente otras que las nuestras. Para poder gobernar bien una tribu indígena hay que saber que ideas extrañas o costumbres particulares tienen estos naturales, porque así evitan conflictos y dificultades [...] la protección o el cuidado de los indios tienen por fin evitar conflictos con los blancos y entre los indios mismos y dar a ellos una existencia de sostenimiento propio dentro de la economía mundial [sic]. (Carta de Gustaf Bolinder a Darío Echandía, AGN, 20 de enero de 1936)

Los trabajos de Bolinder fueron un precedente para las labores que pocos años después realizarían los estudiantes y profesores de la Escuela Normal Superior y el IEN. Abrió además camino para la generación de redes entre el gobierno colombiano y museos en otros países con la finalidad de llevar a cabo investigaciones etnográficas. En esta vía tuvo lugar también la expedición etnológica del Museo Universitario de la Universidad de Pensilvania:

[...] El Museo Universitario de la Universidad de Pensilvania proyecta una expedición etnológica a Venezuela y Colombia, que se anuncia auspiciada por el Instituto Latinoamericano y sostenida por el Museo Universitario de la Universidad de Columbia. La expedición estará a cargo de Vicenzo M. Petruzzo, del Museo Universitario de la Universidad de Pensilvania y comprenderá al doctor Kirchoff y su señora, de Alemania, representantes de la Universidad de Columbia, a don Lewis Korn, doña Gwyneth Browne Harrington, y a doña Lydia Du Pont, del Museo Universitario. (Carta de S. Walter Washington al Ministerio de Educación Nacional, AGN, mayo 2 de 1935)

El ingreso de diferentes comisiones e investigadores extranjeros al país influenció, en los años treinta, la creación de leyes particulares que regularon las expediciones y comisiones científicas, lo que obligaba la participación de investigadores nacionales. Ejemplo de ello fue la Expedición a la Península de la Guajira, organizada por la Universidad de Pennsylvania, que designó a Gregorio Hernández de Alba como parte del equipo.

[...] este despacho en vista del fin que se propone la expedición etnológica, ha resuelto designar al Sr. Gregorio Hernández de Alba para que forme parte de la expedición con las prerrogativas y derechos que el Museo Universitario de la Universidad de Pensilvania otorga para estos casos. (Carta del Ministerio de Educación al Ministerio de Relaciones Exteriores, AGN, mayo 27 de 1935)

La presencia de mujeres llamó la atención sobre esta comisión, pues hasta ese momento todas las expediciones o comisiones habían sido dirigidas y conformadas por hombres; en este caso:

Causará a usted sorpresa la presencia de mujeres en la expedición; este elemento femenino puede ser sin embargo útil pues además de

que prestarán servicios como ayudantes generales, se espera podrán ocuparse de estudiar aquellos aspectos peculiares de la cultura de las mujeres goajiras que, por razón del fetichismo, no puede hacerlo un hombre [sic]. (Carta de la University Museum, University of Pennsylvania, AGN, abril 4 de 1935)

La participación de Hernández de Alba fue uno de los primeros hitos del ejercicio profesional de este académico, quien tuvo un papel relevante en la normalización de la disciplina antropológica en los años treinta y cuarenta del siglo pasado. En 1938, con motivo de las celebraciones del cuarto centenario de Bogotá, propuso la realización de una Exposición Arqueológica y Etnográfica que tenía como objeto:

[...] en vista del olvido que de la remembranza indígena se nota en los programas oficiales, una Exposición de objetos indígenas de Colombia, consiguiendo para ello el apoyo del Museo Nacional, los coleccionistas particulares del país y vendedores de antigüedades para la recolección de piezas, y el apoyo monetario del Ministerio de Educación Nacional, Dirección de Bellas Artes y la Alcaldía de Bogotá. (Sociedad Colombiana de Arqueología, BLAA-AGHDA, 1936)

Con esta exposición, que ha sido estudiada por Perry (2009), se cerró un ciclo en torno al ejercicio colector y la musealización de objetos que fueron denominados como curiosidades, antigüedades y finalmente etnográficos. Guillermo Fischer y Gregorio Hernández de Alba venían trabajando en la idea desde 1935, que se materializó en 1938. La muestra contó con objetos provenientes de las expediciones de Hernández de Alba, piezas de la colección del Museo y la participación de grupos indígenas, lo que abrió paso a los discursos de diversidad cultural y a la consolidación de la antropología profesional. En esta muestra:

la intención de los organizadores era propiciar un acercamiento para que las personas de la capital se dieran cuenta de que los indígenas de Colombia estaban vivos [...] La exposición fue hecha para presentar las características positivas de las culturas traídas a la capital. (Perry 2009, 91)

El desplazamiento de los expertos caracterizaría estos objetos como etnográficos y fue el conocimiento producido a través de las investigaciones

in situ el que les dio un nuevo valor en el Museo. La musealización empezó a privilegiar prácticas de colección que estuvieran asociadas a investigaciones arqueológicas y etnográficas interesadas en estudiar los contextos de producción de la materialidad.

APUNTES FINALES

El valor museal del acervo etnográfico se ha modificado a través del tiempo, al igual que los actores que participaban (de forma activa y pasiva) en los procesos de musealización, adquisición y colección. La práctica de colección de misioneros religiosos y expedicionarios de las comisiones en búsqueda de recursos naturales, construcción de límites y demarcación de límites, vio en el objeto un testimonio de las actividades civilizatorias que tenían lugar en los territorios de frontera.

En esta medida, su comprensión estuvo mediada por una preocupación evangelizadora y patriótica, lo que llevó a que el ingreso de los objetos a la colección se diera bajo el tamiz de la curiosidad y que su relevancia partiera de la forma como podrían dar cuenta del “salvajismo” de quienes habitaban en los territorios donde tenían lugar las expediciones o el “grado de civilización” que adquirirían las gentes a través de las labores de las misiones. Así, los objetos fueron uno de tantos instrumentos que legitimaban las acciones de colonización en las regiones donde tenían lugar las prácticas de colección.

Por otra parte, la cientifización del conocimiento del otro que tuvo lugar a inicios del siglo xx dio lugar a la aparición de valores culturales que habían sido invisibilizados en la mirada curiosa del misionero o de los ingenieros. En esta medida, los estudios de las comisiones y expediciones que tenían como objetivo un interés etnográfico permitieron que paulatinamente fueran registrados los usos y significados de los objetos en sus contextos de procedencia. Tímidamente, trabajos como los de Isaacs conformaron colecciones cuyos reportes identificaban varias comunidades y mencionaban algunos usos de los objetos. A su vez, el ejercicio colector estuvo acompañado de la publicación de estudios (ya fuera ensayo social, etnográfico o monografías) que tenían como finalidad analizar otras sociedades desde las teorías sociales de la época.

La creación de comisiones que reorganizaron las colecciones del Museo permitió una mirada con pretensión científica en la que gradualmente el objeto mutó de ser considerado como una curiosidad o antigüedad a ser

un objeto arqueológico y etnográfico. De allí la importancia de trabajos como los de Bolinder, articulado por una red institucional conformada por el museo, la universidad y el gobierno que trabajaba desde diferentes frentes, en la cual la colección hacía parte de una práctica de investigación específica que preveía los procesos de cambio de las sociedades estudiadas.

La temporalidad de los valores museales de los objetos rinde testimonio de las distintas formas de interacción entre los expedicionarios y las comunidades en territorios de frontera. El objeto puede ser muestra testimonial de procesos de modernización, evangelización y la búsqueda del ordenamiento de un territorio geográfico y social, como ocurrió en el primer espacio analizado; puede ser también testigo de la existencia de un(os) otro(s) en la zonas que fueron designadas como de frontera y símbolos de sus valores culturales, aunque se continuara insistiendo en las bondades de las labores misioneras. Las tensiones en torno a la musealización, aunada a los cambios de sedes y administración de las colecciones hacen que una nueva forma de comprender los objetos pueda invisibilizar a las anteriores. De esta manera, los ejercicios de recuerdo y olvido que hacen parte de la constitución del acervo y la identidad de los objetos ha mutado a lo largo del tiempo. Los procesos de adquisición que examiné en el presente artículo son a su vez testimonio de épocas y contextos determinados; algunos de ellos han ido quedando relegados al olvido. Es necesario profundizar en cada una de estas prácticas de musealización, así como otorgarles algunos recuerdos a muchas de las piezas que hoy se encuentran sin identificar en las reservas del Museo. Probablemente algunas correspondan a aquellas que fueron testigos de todos esos encuentros, de las complejas interacciones entre funcionarios y académicos con diferentes comunidades indígenas, como parte de las agencias y tensiones ejercidas en estas zonas de contacto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Fuentes primarias (archivos)

Archivo General de la Nación (AGN)

Arrubla, Gerardo. Febrero 2 de 1936. Carta de Gerardo Arrubla a la Secretaría del Ministerio de Educación. Bogotá: AGN, Fondo Ministerio de Educación Nacional.

- Bolinder, Gustaf. Enero 20 de 1936. Carta de Gustaf Bolinder a Darío Echandía. Bogotá: AGN, Fondo Ministerio de Educación Nacional.
- 1939. Textos de conferencias. Bogotá: AGN, Fondo Ministerio de Educación Nacional.
- Legación de Suecia. Marzo 11 de 1935. Carta de la Legación de Suecia a Gerardo Arrubla. Bogotá: AGN, Fondo Ministerio de Educación Nacional.
- Lista de objetos de las tribus, para Colombia. Enero de 1936. Bogotá: AGN, Fondo Ministerio de Educación Nacional.
- Ministerio de Educación Nacional. 1936. Contrato con Gustavo Bolinder sobre enseñanza y algunos trabajos relacionados con la arqueología y etnografía. Bogotá: AGN, Fondo Ministerio de Educación Nacional.
- Ministerio de Educación. Mayo 27 de 1935. Carta del Ministerio de Educación al Ministerio de Relaciones Exteriores. Bogotá: AGN, Fondo Ministerio de Educación Nacional.
- University of Pennsylvania, The University Museum. 4 de abril de 1935. Carta de The University Museum, University of Pennsylvania, Philadelphia al Ministerio de Educación Nacional. Bogotá: AGN, Fondo Ministerio de Educación Nacional.
- Washington, Walter. Mayo 2 de 1935. Carta de S. Walter Washington, Legación de EUA al Ministerio de Educación Nacional. Bogotá: AGN, Fondo Ministerio de Educación Nacional.

Archivo del Museo Nacional de Colombia (AMNC)

- Carreño, Pedro M. Mayo 21 de 1913. Carta de Pedro M. Carreño al Director del Museo. Bogotá: AMNC.
- Casas, José Joaquín. Mayo 5 de 1902. Carta de José Joaquín Casas al Director del Museo. Bogotá: AMNC.
- Charri, Gabino y Cenón M. Valencia. Noviembre 2 de 1918. Copia del informe que rinden al Ministerio de Gobierno los señores Gabino Charri G. y Cenón M. Valencia sobre unas ruinas encontradas en Aguabonita cerca de La Plata, Huila. Bogotá: AMNC.
- Comisión de Etnología y Arqueología. 1931. Acta n.º 3 de la Comisión de Etnología y Arqueología. Bogotá: AMNC.
- Correal, Luis Carlos. Julio 28 de 1915. Carta de Luis Carlos Correal al Director del Museo Nacional. Bogotá: AMNC.
- Durfán Mantilla, Joaquín. Julio 21 de 1924. Carta de Joaquín Durfán Mantilla al Director del Museo. Bogotá: AMNC.

Isaacs, Jorge. 1886. *Lista de la colección entregada al Museo Nacional*. Bogotá: AMNC.

Méndez, Abadía. Enero 8 de 1901. Carta de Abadía Méndez al Director del Museo. Bogotá: AMNC.

Ministerio de Instrucción y Salubridad Pública. Julio 23 de 1924. Carta del Ministerio de Instrucción y Salubridad Pública. Bogotá: AMNC.

— Marzo 14 de 1924. Resolución n.º 80 por medio de la cual se estudió y excavó el templo del sol en Sogamoso. Bogotá: AMNC.

Nepomuceno Rueda, Juan. Noviembre 19 de 1889. Carta dirigida al Sr. Fidel Pombo. Bogotá: AMNC.

— Abril 19 de 1890. Carta dirigida al Sr. Fidel Pombo. Bogotá: AMNC.

Rodríguez, Silvino. Noviembre 21 de 1926. Carta de Silvino Rodríguez al Presidente de la Academia Nacional de Historia. Bogotá: AMNC.

Biblioteca Luis Ángel Arango-Archivo Gregorio Hernández de Alba (BLAA-AGHdA)

Sociedad Colombiana de Arqueología. 1936. Proposición presentada por los socios Guillermo Fischer y Gregorio Hernández de Alba. Bogotá: BLAA-AGHdA.

Archivo de la Universidad Nacional de Colombia (AUNC)

Arrubla, Gerardo. Enero 12 de 1939. Carta de Gerardo Arrubla a Otto de Greiff. Bogotá: AUNC. Libro 83 - Correspondencia.

— Abril 1º de 1941. Informe de Gerardo Arrubla. Bogotá: AUNC. Libro 132-Correspondencia.

Archivo del Instituto Colombiano de Antropología (A-ICANH)

Comisión Nacional del Folklore. Acta del 12 de octubre de 1946 de la Comisión Nacional del Folklore. Bogotá: A-ICANH.

— Acta del 22 de agosto de 1946 de la Comisión Nacional del Folklore. Bogotá: A-ICANH.

— Acta del 28 de agosto de 1946 de la Comisión Nacional del Folklore. Bogotá: A-ICANH.

— Acta del 30 de abril de 1947 de la Comisión Nacional del Folklore. Bogotá: A-ICANH.

— Acta del 2 de julio de 1947 de la Comisión Nacional del Folklore. Bogotá: A-ICANH.

— Acta del 9 de julio de 1947 de la Comisión Nacional del Folklore. Bogotá:
A-ICANH.

Fuentes primarias (bibliográficas y hemerográficas)

- Academia de Historia Nacional. 1903. “Resolución n.º 115 por la cual se establece una Comisión de Historia y Antigüedades Patrias”. *Boletín de Historia y Antigüedades* 1, 1: 1-2.
- (s.a.). 1826. Museo Nacional. *Gaceta de Colombia* 222. Bogotá.
- Pombo, Fidel. 1881. *Breve guía del Museo Nacional*, 20 de julio. Bogotá: Imprenta de Colunje i Vallarino.
- República de Colombia. 1919. *Las misiones católicas en Colombia. Labor de los misioneros en el Caquetá y Putumayo, Magdalena y Arauca. Informes, años 1918-1919*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Restrepo, Ernesto. 1917. *Catálogo general del Museo de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Nacional.

Fuentes secundarias

- Acevedo Tarazona, Álvaro. 2010. “El primer centenario de Colombia (20 de julio de 1910): Unidad nacional, iconografías y retóricas de una conmemoración”. *Revista Credencial Historia*, 252.
- Acosta Luna, Olga Isabel y María Catalina Plazas García. 2011. “El manto o acso de la mujer de Atahualpa ¿Una prenda de la última reina del Perú?”. *Cuadernos de Curaduría*.
- Arcila, Graciliano. 1943. “Grupos sanguíneos entre los indios páez”. *Revista del Instituto Etnológico Nacional* 1: 7-14.
- Botero, Clara Isabel. 2006. *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas, 1820-1945*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Universidad de los Andes.
- Chacón, Nelson Javier. 2009. “Polémicas evolucionistas en Colombia a finales del siglo XIX: pasado y presente de la naturaleza, el hombre y las sociedades”. *Mem.soc.* 13, 26: 41-62.
- Cristina, María Teresa. 1991. “Jorge Isaacs”. *Gran Enciclopedia de Colombia del Círculo de Lectores, tomo de biografías*. Colombia: Círculo de Lectores.
- Córdoba, Juan Felipe. 2015. *En tierras paganas, misiones católicas en Urabá y en la Guajira, Colombia, 1892-1952*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Desvallées, André y Francois Mairesse. (Dir.). 2010. *Conceptos claves de museología*. Armand Collin: ICOM.

- Duque, Luis. 1945. “El Instituto Etnológico y el Servicio de Arqueología en 1945”. *Boletín de Arqueología* 1, n. 3: 209 – 227.
- 1946. “Informe del jefe del Servicio de Arqueología y del Instituto Etnológico Nacional sobre las labores, desde Junio de 1946 a Junio de 1947”. *Boletín de Arqueología* 2, n. 3: 255 – 287.
- García Botero, Héctor. 2009. “¿Qué hay en un nombre? La Academia de Historia y el estudio de los objetos arqueológicos”. *Memoria y Sociedad* 13, 27: 41-60.
- Instituto Etnológico Nacional. 1945a. “Notas”. *Boletín de Arqueología* 1, n. 1: 75-85.
- 1945b. “Notas”. *Boletín de Arqueología* 1, n. 5: 453 – 464.
- 1947. “Notas y noticias”. *Boletín de Arqueología* 2, n. 5 y 6: 581 – 592.
- Isaacs, Jorge. 1967. *Estudios sobre las tribus indígenas del Estado del Magdalena*. Consultado el 12 de septiembre de 2017. <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/antropologia/tribus/indice.htm>
- Fabian, Johannes. 2010. “Coleccionando pensamientos: sobre os atos de coleccionar”. *Mana* 16, 1: 59-73.
- Hoffmann, Beatrix. 2012. *Das Museumsobjekt als Tausch- und Handelsgegenstand*. Berlín: LIT Verlag.
- Kepplinger, Katharina. 2014. “Los gabinetes de curiosidades en el Renacimiento y el renacimiento de los gabinetes de curiosidades hoy en día”. *Baukara* 6: 85-106.
- Kirshenblatt-Gimblett, Barbara. 1991. “Objects of ethnography”. En *Exhibiting Cultures, The Poetics and Politics of Museum Display*, editado por Karp, I. y Lavine, S. D., 386-443. USA: Smithsonian Institution.
- Kuan Bahamón, Misael. 2015. *Civilización, frontera y barbarie, misiones capuchinas en Caquetá y Putumayo, 1893-1929*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Londoño Vélez, Santiago. 1991. “Ruperto Ferreira, ingeniero, ministro y pintor”. *Boletín Cultural y Bibliográfico* 28, 28: 3-15.
- Penny, H. Glenn. 2002. *Objects of culture: ethnology and ethnographic museums in imperial*. Germany: Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- Pérez Benavides, Amada Carolina. 2006. “Carta de Fidel Pombo a Santiago Cortés”. *Cuadernos de Curaduría* 3.
- 2010. “Hacer visible, hacer visibles: la nación representada en las colecciones del museo. Colombia, 1880-1912”. *Mem.soc.* 14, 28: 85-106.

- 2015. *Nosotros y los otros, representaciones de nación y sus habitantes, Colombia, 1880-1910*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Perry, Jimena. 2009. “La exposición arqueológica y etnográfica de 1938 en Colombia: un primer intercambio cultural”. En *Arqueología y etnología en Colombia, La creación de una tradición científica*, compilado por Carl Langebaek y Clara Isabel Botero, 79-93. Bogotá: Universidad de Los Andes, Banco de la República de Colombia.
- Pratt, Mary Louse. 1992. *Ojos imperiales, literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Reichel-Dolmatoff, Gerard y Alicia Reichel-Dolmatoff. 1951. “Introducción: Investigaciones arqueológicas en el departamento del Magdalena, Colombia, 1946-1950”. *Boletín de Arqueología* 3, n. 1-6: 7-16.
- Reyes, Aura. 2009. *Ideas antropológicas, relación de discursos. Antropología en la transición de siglo XIX-XX*. Tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia.
- 2012. “Los misioneros como agentes del Estado. El caso de la Junta de Misiones en los años 20 y 30 del siglo XX”. En XIV Congreso de Antropología en Colombia. 23 al 26 de octubre. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
- 2016. “De la collection à la citoyenneté. La notion d’Indien dans la République de Colombie au tournant du xxe siècle”. En *Régimes Nationaux d’Altérité, États-Nations et altérités autochtones en Amérique Latine, 1810-1950*, con la dirección de Paula López y Christophe Giudicelli, 73-89. París: Rennes.
- Rodríguez, María Paola. 2009. “Investigación y museo: Museo de Historia Natural de Colombia 1822-1830”. *Cuadernos de música, artes visuales y artes escénicas* 5, n. 1: 87 – 108.
- 2013. *Le Musée National de Colombie 1823-1830, histoire d’une création*. Francia: L’Harmattan.
- Segura, Martha. 1995. *Itinerario del Museo Nacional de Colombia 1823-1994, tomo I cronología*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Cultura.
- Silva, Renán. 2002. “Reflexiones sobre la cultura popular a propósito de la Encuesta Folclórica Nacional de 1942”. *Historia y Sociedad* 8: 11-45.
- Serje, Margarita. 2005. *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Universidad de Los Andes.

- Stocking, George. 1985. *Objects and others: Essays on Museums and Material Culture*. USA: Univ. of Wisconsin Press.
- Sturtevant, W. C. 1969. "Does Anthropology need Museums". *Proceedings of The Biological Society of Washington* 82: 619-649.
- Vanegas, Carolina. 2010. "Representaciones de la Independencia y la construcción de una 'imagen nacional' en la celebración del centenario en 1910". En *Las historias de un grito. Doscientos años de ser colombianos. Exposición conmemorativa del Bicentenario 2010*, 104-127. Bogotá: Museo Nacional de Colombia.